

Espesuras: esbozos de ética en tiempos de transición

JAVIER MARTÍNEZ CONTRERAS

*Madrid,
Maia, 2019, 301 páginas.*



La *claridad* del último libro de Javier Martínez Contreras contrasta con la atmósfera densa que desde la misma portada insinúa su título: *Espesuras*.

Suficientemente provocador como para atraernos, sobradamente claro como para no engañarnos: la densidad de lo que se va a tratar con *sencillez*, no admite regatear (con) su *complejidad*. Pues lo que se busca es intentar *aclararnos* en torno a la ética; arrojar luz sobre sus posibilidades y retos actuales... sin arrojar sus sombras lejos de nuestro foco. Una actitud, un estilo, un *com-promiso* que, a la hora de forjar el carácter (*êthos*), se aleja de las típicas frases ilustradas¹ de esas tazas de desayuno tan de moda. Clichés sobradamente edulcorados (se añada o no azúcar al

café) que, habiéndose ganado su puesto en el listado marxista de opiáceos para *un* pueblo *consumista*, funcionan como todo buen narcótico: tan valiosos para levantar una mala mañana, como inútiles (si no disuasorios) para construir *el mañana*.

¹ Quizá en varios sentidos.

Esta broma, como toda broma que quiere servir para algo, pretende dos cualidades: ser *exagerada*; y ser *verdadera*. Exagerada porque, obviamente, unas tazas no decidirán sobre nuestro(s) futuro(s). Verdadera porque, convencido del irrenunciable valor de la *reflexión para la acción* (como no podía ser menos en un autor que, por norma general, poco tarda en convocar a Hannah Arendt), toda expresión de una inercia irreflexivamente repetida y eficazmente cortoplacista es, para Javier, sospechosa de contribuir a sentar los cimientos *populares* del horror (por venir). En sus palabras: “la acción deviene horrorosa, alienada, porque pierde o simplemente carece de sentido”.² Nada, por tanto, de respuestas fáciles...fácilmente repetibles, fácilmente alienantes. Que más pronto que tarde dejan de tener sentido... y empalagan.

Desde esta humildad *responsable*³, Martínez Contreras no oculta su voz y responde sin abrazar la etérea indeterminación de ciertos acercamientos éticos que, desconectados de su sustrato reflexivo, quizá se hayan vuelto igualmente simplificadores. En dos puntos de su última entrega descubrimos esta (cuasi-intempestiva) tendencia a posicionarse con *claridad*: en primer lugar, siendo *co-partícipe* en un proyecto de ética aplicada, reivindica desde las primeras páginas la raigambre filosófica del sustantivo, frente a ciertos enfoques que – pervirtiendo la legítima reivindicación de interdisciplinariedad y aplicabilidad- querrían hacer de la reflexión en torno a la “acción (y la) moral” algo más *naif*, menos “espeso”; en segundo lugar, mostrándose con-venido del anclaje cultural e histórico de la razón (desde luego también de la razón moral), reivindica sin complejos la universalidad como dimensión irrenunciable de la misma. Y lo hace poniendo en el centro de su discurso ético una referencia bien concreta que le expone a la intemperie de las críticas deconstructivas, postmodernas, postmetafísicas: los Derechos Humanos.

Como siempre, la lechuza de Minerva levanta el vuelo al atardecer. Su mirada es panorámica, pero - retengamos el detalle - siempre alza el vuelo, *lógicamente*, desde algún enclave concreto. Y así, la mirada de Martínez Contreras, levemente hegeliana a través de Bloch, confiesa sin ningún reparo (más bien con gusto) algunas de las vivencias personales que la impulsan. Baste indicar que la reflexión (central) en torno a los Derechos Humanos, revela su sustrato experiencial en el encuentro del autor con las comunidades indígenas maya-achíes de Rabinal (Guatemala).

Lo valiosos que los Derechos Humanos puedan o no resultar para sociedades y culturas en las que no han sido (intelectualmente) forjados, es un núcleo fundamental de *Espesuras*. Y el autor (nuevamente) se posiciona. Su respuesta es *sí*. Y su

² Martínez Contreras, Javier, *Espesuras: esbozos de ética en tiempos de transición*, Madrid, Maia, 2019, p. 16.

³ Los que gustamos de un estilo más dramático la calificaríamos de “trágica”.

defensa es francamente atrevida habida cuenta de los diferentes cuestionamientos a los que ha sido sometida la lógica de los Derechos Humanos. El utilitarismo veía en ellos un límite impuesto a lo que, dadas ciertas circunstancias, conviene a la mayoría; el comunitarismo lo entendía como una invasión del verdadero derecho histórico de los diferentes colectivos humanos; el marxismo ortodoxo lo veía como un artefacto burgués al servicio del individuo propietario, disuasorio respecto de las necesidades violentas de la revolución; el postmodernismo ha cuestionado el trascendentalismo y el universalismo de esa “supuesta” naturaleza humana que, por encima de todo contexto, los fundamenta.

Pues bien, salvo en filosofías beligerantemente reactivas a la atmósfera comunitarista, pragmatista o deconstructivista de nuestras sociedades actuales, no es habitual encontrar una ética que se atreva a articular una defensa de los Derechos Humanos poniendo en juego nociones tales como *universalidad*, *emancipación* o *derecho natural*. El/la lector/a descubrirá no obstante una interpretación *sui generis* de tales conceptos, repensados de la mano de Arendt, Aristóteles y Bloch (sobre todo y entre otros).

Sería de mal gusto que una reseña tratase de decidir sobre lo que debe entender quien opte (con acierto) por acercarse al texto. Pero no me resisto a subrayar el valor que para la dinamización de estas nociones presenta la dialéctica entre *naturaleza (humana)* e *historia*. Pues, para Javier, tan absurdo es entender las culturas como un depósito de esencias inmutables “por encima y más allá de la historia”⁴, como peligroso elevar la historicidad al plano de *lo único*, operación igualmente totalitarista que siempre sentencia a favor de algún *status quo* y (tarde o temprano) patrocina el horror. Quien lea *Espesuras* encontrará claves sugerentes para pensar una alternativa rigurosa. Baste para abrir boca una frase en torno a la comprensión que de la *naturaleza humana* maneja este libro: “ese es el meollo del asunto, precisamente: la *potencialidad* que comparece pero no se realiza queda *latente y heredada a través de la historia* para ser realizada en el *momento oportuno*, hasta lograr la realización de toda potencia y sólo quede ya acto puro”⁵.

Es aquí donde vemos que *tiempo* y *ser*, *historia* y *naturaleza*, se hibridan en un interesante maridaje: alta cocina filosófica que invita a *degustar* nuestro tiempo desde la potencialidad del ser (que no ha sido y que pudiera ser). Entendemos el alcance del subtítulo: *Esbozos de ética en tiempos de transición*. “Tiempos de transición”: porque nuestro presente se presenta incierto, inestable, transitorio; pero no es menos verdad que, desde la óptica de la potencia, todo tiempo implica transición. Desde

⁴ Ibid., p. 127.

⁵ Ibid., pp. 89-90. Los subrayados son míos.

la mirada ética de esta lechuza el paisaje es *espeso*... y así debe ser. La tentación de simplificar, de acotar, de mutilar la realidad y su potencia siempre es grande. Pero ambas (realidad y potencia) son inseparables. Porque instalarse en la realidad es horrible, evadirse de ella (en quimeras) irresponsable. Transitar a lo que *siempre* podría ser, aunque no sea *ahora* (utopía) es otra cosa. Una última frase (esta vez de Bloch) se antoja sintética, se sabe poderosa: *Es una fórmula de toda vileza tomar las cosas como son para dejarlas como están*. Esta frase no se merecía una taza de desayuno, sino un libro como *Espesuras*.

JONATAN CARO REY